

Carmen IGLESIAS, *Razón, sentimiento y utopía*. Barcelona, Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores, 2006.

En 1999 apareció, editada por la Real Academia de la Historia, la primera recopilación de artículos de la profesora Carmen Iglesias. Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores nos ofrece ahora una reedición de esa primera compilación y, además, una ampliación de la misma con la inclusión de cuatro nuevos trabajos que por su extensión y su interés merecen nuestra atención.

Los nuevos artículos aparecen bajo la rúbrica *Búsquedas, inquietudes, utopías*, y, en efecto, la utopía, entendida en un sentido amplio, no sólo como la construcción de mundos ideales sino también como un horizonte de futuro, un deber ser, una guía para los anhelos y las inquietudes de los hombres, es *el motivo* de las monografías a las que vamos a referirnos. La utopía y sus decepciones, sus consecuencias no deseadas, sus distintas dimensiones, porque la profesora Iglesias nunca se inclina por una exposición lineal, simple y en una sola dirección. Necesita explorar cada recodo, cada paradoja, cada línea de tensión para explicar la complejidad de las construcciones intelectuales extendidas en la Historia, y de ello resulta una lectura llena de sugerencias, de nuevas preguntas y de apasionante ejercicio intelectual.

«Naturaleza humana: mito y realidad» es el primer título de esta nueva rúbrica. En él la utopía no está en el futuro sino en el pasado, en los orígenes. La construcción del mito, cambiante a lo largo de la Historia, de la existencia de una naturaleza propia de los seres humanos, y por tanto universal e inmutable, desemboca en un *deber ser* que sirve tanto para la crítica de lo establecido como de norma para su transformación. A través del relato del hallazgo y la educación del niño salvaje del Aveyron, la profesora Iglesias va desplegando las distintas visiones que los pensadores ilustrados tenían de ese «concepto clave» de su época, el de naturaleza humana, para adentrarse después en el debate sobre naturaleza y cultura. Las aportaciones de los siglos XIX y XX destruyeron las antiguas hipótesis y apostaron por la cultura como única naturaleza del hombre. La utopía se trasladaba de los orígenes a un horizonte de posibilidades educativas y socializadoras. Sin embargo el debate, como ya se anuncia en esas páginas, está lejos de concluir. Los espectaculares avances de las últimas décadas en biología, y muy especialmente en genética, han vuelto a reabrir con fuerza la disputa sobre cuánto debemos a la socialización y cuánto a nuestra herencia física. Muchos genetistas responderían hoy a la famosa afirmación de Dilthey, el hombre no tiene naturaleza sino que es historia, asegurando que el hombre

no tiene naturaleza sino solamente genes. Por eso resulta tan apasionante volver sobre las reflexiones de Carmen Iglesias y los debates que han ido pautando esta cuestión a lo largo de la Historia.

Utopía de los orígenes transformada de nuevo en utopía de futuro es también el tema del segundo artículo de este nuevo apartado de la recopilación: «América o el paraíso de lo posible en el siglo XVIII». El mito del «buen salvaje», que aparece ya en la idea que se hicieron los ilustrados del niño del Aveyron, se encarna aquí en los pueblos de nativos americanos que, con su vida sencilla en medio de la naturaleza, sirvieron en principio a los pensadores ilustrados para criticar con fuerza la inútil y corrupta sofisticación de la sociedad civilizada de su época. Sin embargo el artículo gira en torno al desplazamiento del mito del hombre natural desde estos primitivos habitantes del Nuevo Mundo hacia los colonos anglosajones que se extendieron por los territorios de Norteamérica. Hoy día, anegados en la versión más simplista y maniquea del llamado multiculturalismo, en el que toda tarea llevada a cabo por los occidentales, en el pasado o en el presente, es condenada, por nosotros mismos, como racista e imperialista, se ha olvidado el significado que tuvo para la Europa del siglo XVIII la epopeya de los colonos norteamericanos avanzando hacia el oeste y difundiendo valores de trabajo, libertad individual, vida comunitaria y participación política. Durante muchos siglos América fue, para el imaginario europeo, una tierra de promisión o al menos ese «paraíso de lo posible», como señala la autora. Y aunque muchos ilustrados criticaron con vehemencia la voracidad y la crueldad del europeo cuando se liberaba de las ataduras de la moral y las convenciones de su sociedad, las comunidades de agricultores que, desafiando los obstáculos naturales y las dificultades de la emigración, ensanchaban las fronteras de la civilización, componían una imagen de esperanza y de regeneración. Carmen Iglesias se adentra en los debates europeos sobre la debilidad o fertilidad de la naturaleza física del Nuevo Mundo, sobre la visión idealizada o despectiva de sus nativos, sobre su lugar en la historia de la Humanidad o en la senda del progreso. Autores con Raynal, De Pauw, Mazzei, Chastelleux, Crèvecoeur, que tanta influencia tuvieron en los lectores del XVIII y aun en los liberales de la primera mitad del XIX, son comentados en esta monografía, junto a las autorizadas opiniones de Montesquieu, Diderot o Voltaire, para componer un amplio panorama de la mirada europea sobre el mito americano. La utopía se intentó finalmente en la construcción de comunidades ideales como Brook Farm, Oneida o Icaria, con sus logros y sus fracasos que permitieron al menos, como dice la autora, «que hayamos aprendido de la multivocidad de todo proceso, de la ambigüedad como condición *sine qua non* de toda existencia y de todo posible progreso».

«Política y virtud en el pensamiento político» es el tercero de los ensayos que se reimprimen ahora por primera vez. En él se traza la historia del concepto de «virtud política» desde el mundo griego, tan querido y tan bien estudiado por Carmen Iglesias, hasta los grandes autores ilustrados. De nuevo está presente la utopía, esta vez como aspiración a una armonía última entre ética y política, aspiración que ha guiado muchas veces el pensamiento político a lo largo de la Historia pero, al mismo tiempo, esa distancia entre este deber ser y los dictados pertinaces de la realidad ha producido también los mayores desgarros. No lleva al fracaso a un experimento social concreto sino que se adentra en el camino de la revolución que traerá un «hombre nuevo que no degenera jamás», y que, como subraya la profesora Iglesias, necesita de la coerción, de la censura y de la extrema politización. Las lúcidas e inteligentes lecciones de Montesquieu vuelven a ser aquí mucho más necesarias que los apasionados alegatos de Rousseau.

Una de las mayores satisfacciones que se obtienen de la lectura de estos textos es comprobar su absoluta actualidad, aunque se redactaran hace ya algunos años. Actualidad de las preocupaciones, del enfoque y de las reflexiones que nos ofrecen y actualidad también de los autores ilustrados que se comentan con cuidado, con detalle e incluso con cariño. O más bien habría que decir que muestran la capacidad que ha tenido siempre Carmen Iglesias de hacer sugestivamente actuales a los clásicos.

MARÍA LUISA SÁNCHEZ-MEJÍA